

CAPITULO LXXXII.

Llegada de nuevos españoles á Veracruz.



INDEFINIBLE es el prestigio que ejerce el valor sobre las masas.

Que un soldado, desde las últimas filas, dominado por el valor, llegué en breve término á la primera jerarquía del ejército; que desde este puesto continúe jugando á cada instante su vida, y no habrá uno solo de los que estén á sus órdenes que no le admire, que no le haga olvidar ante la grandeza con que aparece á sus ojos la influencia de su pasado.

La medida que acababa de tomar Hernan Cortés, condenándose á vivir en aquel país, obligándose á conquistarle ó á perecer con todos sus compañeros, infundió tal ánimo en los españoles, que no ya los soldados, que siempre se dejan dominar por el prestigio del valor, sino los capitanes ménos adictos á la persona de Hernan Cortés, se resolvieron á seguir adelante en la empresa, y á no volver atrás, sino con el auxilio de los conquistadores.

Conoció el valiente caudillo que convenia á su intento aprovechar aquella reaccion de entusiasmo para acelerar su marcha hácia México.

Inmediatamente reunió á sus soldados en Zempoala.

Allí volvió á contarlos, y vió que tenía quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería.

No podia dejar abandonada la ciudad de Veracruz, y nombró á Juan de Escalante gobernador de ella, poniendo á sus órdenes

cuatrocientos cincuenta hombres para que defendiesen la colonia de cualquiera invasion, y mantuviesen la amistad que con los habitantes de aquel país habian hecho los españoles.

Dispuesto todo para la marcha, convocó á los caciques de las provincias cercanas, y les encargó que respetasen á Juan de Escalante y á sus soldados, que les facilitasen víveres, y que le prestasen todos cuantos servicios les exigiera.

Estas medidas tenian por objeto poner á Juan de Escalante en situacion, no solo de defenderse de los soldados de Moctezuma, si por casualidad le atacaban, sino de cualquiera invasion de los españoles.

De un momento á otro esperaba Hernan Cortés que Velazquez saliera de la indiferencia y del abandono que aparentaba para con él, y enviase gente con el objeto de someterle á su obediencia.

En uno ú otro caso, convenia á Hernan Cortés estar prevenido y contrarestar el empuje de cualquiera de estos adversarios.

La actitud de los caciques no podia ser más favorable á sus intentos.

Todos estaban muy satisfechos de su amistad con el jefe de los españoles: no dudaban de que mientras les amparase no se atreverian los mexicanos á avasallarlos, y estaban muy resueltos á sacrificarlo todo por auxiliar á su protector.

El cacique de Zempoala, despues de asegurar á Hernan Cortés que obedeceria sus órdenes, puso á su disposicion doscientos tamenes, ó indios de carga, y gran número de soldados indios.

Hernan Cortés eligió entre todos cuatrocientos hombres.

Pidió ademas al cacique cuatrocientos indios de los más nobles de su provincia, pretextando que deseaba llevarlos á su lado para que en todas partes pudieran atestiguar la amistad que le unia con los indios de aquella sierra.

Su principal objeto era asegurarse por este medio de que los

zempoales no atentarian contra la seguridad de los españoles, porque podrian éstos vengar cualquier desacato en los personajes que llevaban en rehenes.

Los soldados, con sus jefes, se despidieron de los que quedaban al mando de Juan de Escalante, y pernoctaron en Zempoala.

Al dia siguiente de madrugada iban á ponerse en marcha.

En aquel momento llegó un emisario de Juan de Escalante á conferenciar con Hernan Cortés.

Avisaba el gobernador de Veracruz que habia descubierto en la costa algunos navíos españoles, que no habian querido admitir plática, á pesar de haberles hecho señales de paz.

Sus presentimientos se habian realizado.

—Anunciad al gobernador que voy en seguida á Veracruz, dijo al emisario.

Y buscó á Marina para participarle lo que pasaba.

No podia hablarla á solas.

Hallábase cerca de ella Pedro de Alvarado.

Hernan Cortés comunicó lo que pasaba á este último, y le encargó el mando del ejército durante su ausencia, dándole por auxiliar á Luciano de Sandoval.

Una alegría siniestra brilló en el rostro de Pedro de Alvarado.

Marina quiso acompañar á Hernan Cortés.

El caudillo no accedió á sus ruegos.

Por el contrario, la confió al cuidado de Pedro de Alvarado. Inmediatamente se puso en marcha para Veracruz.

Alvarado quedó dueño del ejército y de Marina.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores qué ideas cruzaron por su imaginacion.

Sigamos á Hernan Cortés.

Al llegar á Veracruz se dirigió á la costa con Juan de Esca-

lante y algunos soldados, é hizo señal á uno de los navíos que se descubrieron para que enviase gente á la playa.

Poco despues llegaron cuatro españoles, y acercándose con el mayor respeto, le manifestaron que iban en su busca.

—¿Cuál es el objeto de vuestra venida?

—Yo, dijo uno de ellos, soy escribano, y los que me acompañan son testigos.

Venimos, pues, á haceros una notificacion en nombre del capitán de la escuadra que nos ha dirigido aquí.

—¿Quién es vuestro jefe?

—Francisco de Garay.

—No me es desconocido ese nombre.

—Como que es el del gobernador de la isla de Jamáica.

—Sea por muchos años.

—Ha recibido orden del rey para descubrir y poblar los países que tenga por conveniente, continuó el escribano. Con este objeto ha fletado tres navíos, en los cuales navegan doscientos setenta españoles á las órdenes del capitán Alonso de Pinedo.

El capitán ha tomado posesion de las tierras próximas al río de Pánuco, y se propone establecer una colonia cerca del Nahuatlán, que está á doce leguas de aquí, y habiendo sabido que os ocupais en conquistar estas tierras, me envia á notificaros sus deseos, y á intimaros que no extendais vuestras poblaciones por el paraje que él ha elegido.

—Perdonad, exclamó Hernan Cortés, que no reconozca en vos derecho alguno para hacerme semejante intimacion.

La justicia nada tiene que hacer aquí.

El capitán Alonso de Pinedo y yo somos vasallos de un mismo rey.

Todo lo que de mí necesite puede pedirlo, y por mi parte creo que es igual obligacion en él servirme en lo que le ruegue.

—Teneis mucha razón; pero mi deber es notificaros la resolucion del capitán Pinedo, y así lo haré. Servíos acusarme recibo.

—Siento que insistais tanto en desobedecerme.

—El deber es lo primero.

—Pues bien, en ese caso, ya que no quereis ir á llamar á vuestro capitán para que hable conmigo, pensemos en los medios para que él venga.

—No vendrá.

—En ese caso, os quedareis aquí, porque voy á prenderos del mismo modo que á los que os acompañan.

—Eso es un atentado.

—Juzgad como querais.

Y haciendo una señal á Escalante, se apoderó del escribano y de los testigos.

Ocultáronlos con el objeto de que el capitán Pinedo, notando la tardanza de su enviado, y no viéndole en la costa, fuese en su busca.

Su deseo no tuvo resultado.

Pero queria á toda costa que desembarcasen los españoles para unirlos á su ejército, y pensó en una estratagemá.

Dispuso que los trajes del escribano y de sus compañeros sirviesen para disfrazar á cuatro de sus soldados, á los cuales envió á la playa mandándoles hacer señales á los buques para que el capitán se trasladase con algunos.

Esto surtió mejor efecto.

No tardaron en llegar á la playa catorce hombres armados con arcabuces y ballestas.

Los disfrazados, para no ser reconocidos, á medida que se acercaban ellos al esquife, retrocedian.

Cortés tenia emboscados algunos soldados para apoderarse de los enviados del capitán Pinedo.

Estos se detuvieron á bordo del esquife, y solo tres, más animosos que sus compañeros, saltaron de él.

Inmediatamente fueron aprisionados.

Los demas se alejaron, y el capitán Pinedo, viendo lo inútil de sus esfuerzos, levó las anclas y se perdió de vista.

Los siete prisioneros, más por necesidad que por virtud, juraron adhesión á Hernan Cortés, que con ellos aumentó sus fuerzas, encaminándose inmediatamente á Zempoala.

El escribano Baltasar Coria no tardó por su grácejo en captarse las simpatías de todos los soldados.

Al ver lo bien que le recibieron, dió por bien empleada su cautividad.

Hernan Cortés llegó á tiempo.

Si se hubiera detenido algunas horas, hubiera tenido que castigar á Pedro de Alvarado, malquistándose con los muchos partidarios que aquel capitán tenia entre los hombres que formaban su ejército.

CAPITULO LXXXIII.

Un esclavo blanco.



En aquí lo que habia sucedido.

Apénas partió Hernan Cortés adonde le llamaba Juan de Escalante, Pedro de Alvarado buscó á Marina.

—Tú me estás engañando miserablemente, le dijo.

—¿Por qué me habías de ese modo?

—Porque estoy convencido de que amas á Hernan Cortés.

—¿Vuelves á mortificarme con tus celos?

—No puedo dominar la pasión que arde en mi pecho. Yo odio á Cortés porque te ama, y no puedo contener por más tiempo la sed de venganza que me devora.

—Yo creía que eras un hombre, y veo que eres un niño.

—Marina, es preciso tomar una resolución.

Hernan Cortés ha ido solo: preciso es que no vuelva.

Marina se estremeció.

—¿Qué intentas, preguntó á Alvarado, haciendo un esfuerzo para disimular lo que sentía.

—En un instante de soberbia ha destruido los navíos que podían conducirnos á Cuba.

No tenemos más remedio que seguir adelante.

Los soldados me obedecerían con el mismo entusiasmo, con la misma lealtad que á él, si una flecha atravesase su corazón.

Esa flecha debe partir del arco.

—¿Crees que haya uno solo entre los que nos acompañan con bastante valor para matar á Hernan Cortés?

—¿Y qué me importa que no lo haya, si yo mismo, emboscándome, puedo cuando regrese destruirle?

—¡Accion digna de un caballero!

—La pasión quita el conocimiento.

—Pero no mata la honra en el pecho de los hombres hidalgos.

—Marina, exclamó Alvarado, tú amas á Hernan Cortés.

—No le amo. Yo te he dicho que llegará un día de venganza para mí, pero no ahora; y te advierto que evitaré, con mi propia vida, si es preciso, que ántes de que llegue ese día se atente á la vida de Hernan Cortés.

—Piensa un instante de lo que sería de nosotros deshaciéndonos de él, repuso Alvarado.

—Los soldados me aclamarían su jefe.

Yo, que soy libre, que no necesito faltar á ningún deber, te haría mi esposa, y juntos avanzaríamos hácia México, seguro yo de poder colocar en tus sienes la corona de Moctezuma.

—¿Y el remordimiento?

—Tu amor me haría olvidar.

—Es inútil que abrigues esos planes.

Yo puedo amar á un hombre digno; pero mi pecho no tendrá más que odio para un asesino cobarde.

Pedro de Alvarado, en el colmo de la desesperación, se separó de Marina con ánimo de explorar el espíritu de las tropas y de ver si podía contar con ellas para realizar sus vengativos proyectos.

Llegó la noche, y Hernan Cortés no volvió.

Algunos capitanes se acercaron á Pedro de Alvarado, que como recordarán nuestros lectores, había sucedido en el mando á Hernan Cortés.

—Mucho tarda nuestro jefe, dijo uno de ellos.

—Ha hecho mal en ir solo, añadian otros.

—No hay enemigos por estas cercanías.

—Pero de todos modos, no es prudente andar solo á deshora á través de los bosques.

—La imaginación es el mayor enemigo que tiene el hombre, dijo Pedro de Alvarado.

Ninguno de nosotros, y yo ménos que nadie, puede dudar del valor, de la energía y de la ambición de gloria que tiene Hernan Cortés; y sin embargo, al ver que tarda, han cruzado por mi mente unas ideas....

—Habla.

—Son absurdos.

—¿Qué importa?

—Vinieron á anunciarle la llegada al puerto de algunos navíos españoles.

—Cierto.

—¿Y quién nos dice que no han venido á bordo de esos navíos emisarios de Velazquez con fuerzas suficientes para apoderarse de nuestro jefe?

—Eso sería horrible.

—Para ese caso, advirtió uno de ellos, no estaba solo. Escalante tiene ciento cincuenta hombres.

—¿Y si han desembarcado trescientos ó cuatrocientos?

—Nos poneis en cuidado.

—No hay que alarmarse. Si tal hubiera sucedido, hubiera enviado á pedir refuerzos.

—No es hombre Hernan Cortés que se deje sorprender así como así. Pero otra de las ideas que me han asaltado, es más horrible aún.

—¿Qué negro lo veis todo!

—Figuraos, amigos, que he visto esconderse entre los árboles del bosque á los soldados españoles que han desembarcado, que Hernan Cortés ha vuelto solo, que en medio del camino han salido á su encuentro los adversarios, y le han hecho pedazos.

—No es posible pensar tal cosa.

—Así lo creo, continuó Alvarado; pero en la guerra todo está permitido, y aunque yo califico como vos de irrealizable tan fatídica idea, no puedo menos de pensar en nuestra situación si llegara á faltarnos nuestro jefe.

—Decididamente estais triste esta noche.

—Nunca hemos pensado sobre eso, y debemos pensar. El refrán dice que hombre prevenido vale por ciento.

—Si ese caso llegara, no nos faltaria un jefe.

—Vos mismo, que habeis sido designado por Hernan Cortés, podriais reemplazarle, podriais conducirnos al triunfo.

Todos asintieron.

Estas manifestaciones halagaron á Pedro de Alvarado, y procurando cambiar de conversacion, se separó poco despues de sus camaradas.

La sed de venganza, de ambicion, que acababa de despertarse en su alma, le incitaron á armarse de una ballesta y á dirigirse al bosque por donde debia llegar Hernan Cortés.

La noche estaba muy oscura.

Oculto detrás de un árbol aguardó largo tiempo.

Al fin vió una sombra que avanzaba hácia Zempoala.

La flecha partió, y un poderoso gemido interrumpió el silencio de la noche.

Ebrio de gozo por haber consumado su venganza, volvió á Zempoala.

Los capitanes y la mayor parte de los soldados dormían.

Los centinelas, reconociéndole, le abrieron paso.

Pedro de Alvarado fué directamente á la casa en donde se albergaba Hernan Cortés y Marina.

Creyendo sola á la última, entró hasta su aposento.

Al entrar se detuvo aterrado.

—Celebro, veros, capitan, le dijo Hernan Cortés, que estaba al lado de la india.

Alvarado tuvo que hacer un gran esfuerzo para reponerse.

Despues de comunicarle Hernan Cortés lo que habia sucedido:

—Animad á los soldados para continuar la marcha.

Necesitamos avanzar: nuestros enemigos de España nos perseguirán sin descanso.

Al dia siguiente se supo que un indio habia sido muerto en el bosque por una ballesta.

Aquel indio era un emisario que habia enviado Marina á Hernan Cortés para prevenirle que tornase pronto.

Un español habia sido su asesino.

¿Quién era?

Hernan Cortés aseguró que el infame que habia cometido aquel atentado, pagaria con su vida tan villana acción.

Por más indagaciones que se hicieron, no fué posible encontrar al culpable.

—Yo sé quien es el asesino, dijo Marina en voz baja á Pedro de Alvarado.

—¡Silencio! dijo éste estremeciéndose. No me descubras y seré tu esclavo.

En efecto; desde aquel instante Marina le dominó por completo.